



Tozza, Marcello, *Animales y dioses en la Grecia prehomérica*. Monografías de Filología Griega 26. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, 195 pp. ISBN: 978-84-16515-75-2.

Como apunta el resumen de la contraportada, el propósito del libro es servir de los pasajes de los poemas homéricos donde hay una manifestación natural de las divinidades para poner en evidencia «el nexo entre intervención divina y realidad fenoménica». A decir verdad, el libro abarca un marco cronológico mayor que el de los poemas homéricos, pues en la idea de mostrar el origen prehelénico del rol simbólico que determinados animales han conservado en los rituales místicos del primer milenio a. C., se divide en tres partes: 1) los nombres de animales en las tablillas micénicas (pp. 29-89), 2) las manifestaciones naturales de las divinidades homéricas (pp. 91-133) y 3) el estudio de los vestigios de un culto prehelénico relacionado con la regeneración (pp. 135-167). La propia sinopsis deja entrever que el autor pretende explicar muchos asuntos fundamentales que no solo atañen a la historia de la religión griega, sino también a la antropología cultural, como recogen las conclusiones (pp. 169-185).

La mayor parte del libro está dedicada al estudio de las apariciones de nombres de animales en las tabillas halladas en la *Odos Pelopidou* de Tebas. Como reconoce el autor (p. 22), los críticos se dividen en dos grupos según consideren que a) los nombres de animales de las tabillas de Tebas hacen referencia a animales reales o b) los nombres de animales hacen referencia a grupos de personas con máscaras y apariencia animal que toman parte en rituales religiosos. Aunque el autor no hace mención explícita de su postura particular, parece inclinarse hacia la segunda cuando habla de las llamadas procesiones de «démones» (p. 166). En realidad, hay un tercer grupo de críticos, y son quienes consideran que estas menciones de animales no son tales, sino que deben interpretarse como antropónimos (*cf.* Y. Duhoux, «Animaux ou humains? Réflexions sur les tablettes Aravantinos de Thèbes», *Colloquium Romanum*, Pisa-Roma, 2008, 231-250). No obstante, esta última interpretación no parece verosímil.

El estudio de las apariciones de nombres de animales en las tabillas está, en general, bien enfocado y es completo. Con todo, cuando el autor trata la figura del caballo y, en concreto, el contexto de las tabillas de Pilo en el que este animal figura, trae a colación la tablilla PY Ea 59 en la que un individuo de nombre *ke-re-te-u*, en su opinión, ofrece «una parte considerable de su grano a un caballo». Es cierto que L. R. Palmer (*Interpretation*, 277s.) sugirió que este tal *ke-re-te-u* tendría una parcela más grande porque era una suerte de sacerdote de un dios caballo, pero en ningún caso el logograma GRA hace referencia a una ofrenda, sino que, como en los casos anteriores registrados en la tablilla, GRA indica la medida del terreno que este individuo posee.

El estudio de las tabillas de Tebas es una tarea difícil, pues la edición de Aravantinos-Godart-Sacconi (2001) ha sido sometida a una crítica constante. Según los

editores, las tabillas de Tebas registran un panteón y una ceremonia similares a las de Eleusis en el segundo milenio a. C. Así, habría una Diosa Madre (*ma-ka*), una *Kóre*/Perséfone (*ko-wa*) y un Zeus ‘protector de los frutos’ (*o-po-re-i*). Asimismo, muchos de los apelativos de persona que aparecen en los textos han sido interpretados como referentes a personajes que participan en el culto: e. g. *a-ke-ne-u-si* (‘los puros’), dativo plural de un término \**ἀγνεύς* (derivado de *ἀγνεύω*), o *to-pa-po-ro-i* (‘los portadores de la antorcha’), dativo plural de \**στορπαφόρος* (*στορπᾶν τὴν ἄστραπήν*, Hsch.). Hoy, tras unos cuantos años de crítica, tanto la tríada divina como las interpretaciones *more mystérico* de estas y otras designaciones de personas parecen insostenibles (la bibliografía es vastísima, pero *cfr.* en primer lugar I. Serrano Laguna, *La religión micénica en las tabillas de Tebas*, e-prints complutense, 2016). Es comprensible que el autor –seguramente conocedor de esta espinosa problemática– haya decidido no entrar en ella, pues, obviamente, el tema del libro es otro. Sin embargo, sí hubiera sido acertado informar al lector de que todo este aparato religioso que los editores han planteado está sometido a discusión y es, de hecho, muy poco verosímil. Me refiero a las llamadas de atención tales como la que hay en la p. 71, donde el autor interpreta el término *ku-na-ki-si* como dativo plural de *κυνᾶγίς* (‘cazadora’, ‘mujer que lleva los perros’), pero informa en la nota 87 de que el término ha sido también interpretado como *γυναῖξί*. Un procedimiento similar habría sido pertinente en el resto de casos. En este sentido, además de insistir en lo dudoso de la tríada divina, habría sido muy conveniente prevenir al lector de las dudas que existen en torno a la interpretación del término *ko-ro*, para el que los editores proponen *χοῖρος* (‘cerdo’), y a quienes el autor sigue (p. 63). Existen, sin embargo, muchas razones para cuestionar esta interpretación, entre otras, 1) que el término *si-to* al que acompaña difícilmente puede ser un teónimo *Σιτώ*, como advocación de Deméter; 2) que la enclítica *-qe* en TH Ft 219 indica que *ko-ro* y *si-to* (*σίτος*, ‘grano’) tienen el mismo valor sintáctico; y 3) todas las menciones de animales de los textos tebanos aparecen en plural.

El autor, siguiendo a los editores, considera que las cantidades de alimento para los animales que las tabillas registran son ofrendas. Al margen de esta opinión, existe cierto acuerdo en considerar que se trata de *festival rations*, de acuerdo con la expresión acuñada por J. T. Killen en un artículo fundamental para entender el significado de las tabillas tebanas («Thoughts on the Functions of the New Thebes Tablets», *Die neuen Linear B-Texte aus Theben*, Wien, 2006, 79-110). Son raciones suplementarias para personas seculares que desempeñan funciones en ceremonias religiosas.

En la segunda parte del libro, cuando se habla de las metamorfosis de los dioses en animales en los textos homéricos (pp. 95-104), el autor, con buen criterio, busca un antecedente de esta práctica en la iconografía egea. Según muestra, los dioses homéricos se convierten a menudo en aves. En este contexto trae a colación un sello de Zakros (*CMS II 7 127*) en el que «vemos el ejemplo más claro del intento de representar a una diosa que se manifiesta metamorfoseándose en ave» (p. 103). El sello, que efectivamente muestra un ser híbrido, forma parte de una colección de sellos que representan animales fantásticos en los que hay otros casos similares con otros animales (*cfr.* J. Weingarten, *The Zakro Master and his Place in Prehistory*, Göterbog, 1983). Por otra parte, el motivo decorativo del sello no es en absoluto un *unicum*, pues las llamadas *Bird Ladies* aparecen a menudo en la iconografía de los sellos minoicos (*cfr.* J. L. Crowley, *The Iconography of Aegean Seals*, Leuven-Liege,

2013). Quizá el resto de ejemplos darían mayor fuerza al argumento del autor, por lo que creo que habría sido conveniente tenerlos en cuenta.

La última parte de libro está dedicada a intentar demostrar que en época prehelénica había cultos relacionados con la regeneración. El autor ofrece un recorrido por los testimonios iconográficos y textuales de divinidades que, a menudo relacionadas de algún modo con animales, parecen tener algún tipo de dominio sobre las leyes de la naturaleza. Considera que precisamente esta idea está en la «esencia de rituales místéricos concretos» (p. 158). A partir de algunos pasajes de Diodoro Sículo sobre el origen de los misterios en un viaje desde Egipto, pasando por Creta, a Grecia en general y de un análisis de la iconografía del Sarcófago de Hagia Triada, considera que en la Creta prehelénica está «el origen de prácticas culturales que formarán parte de ritos místéricos celebrados en el primer milenio» (p. 162), idea que *a priori* no parece descabellada, pero que no puede aceptarse sin más (*cf.* A. Bernabé, «Tradiciones órficas en Diodoro», *Homenaje al Profesor Jesús Lens Tuero*, Granada, 2000, 37-53). Es fundamental tener en cuenta también los paralelos con las religiones indo-iránicas y su posible influencia. Según el autor, «la iconografía egea podría revelar aspectos de estos rituales» (p. 162). Así, considera el esquema iconográfico de la procesión de «démones» y de personajes enmascarados, la presencia de serpientes, la práctica ritual de sacrificios de cerdos y los intercambios comerciales con Egipto como el origen de prácticas culturales que formarían parte de rituales demetriacos, dionisiacos y creencias religiosas órficas.

Por otra parte, cuando el autor se refiere a la presencia de Dioniso en las tabillas micénicas, le pasa inadvertido que la tablilla PY Xa 102, en la que se dice que el término *di-wo-nu-so-jo* figura aislado, ya no existe. Después del *join* efectuado por J. L. Melena («24 Joins and Quasi-Joins of Fragments in the Linear B Tablets from Pylos», *Minos* 35-36, 2000-2001, 357-360), la tablilla ha sido calificada como perteneciente a la serie Ea (102) y ahora se lee *di-wo-nu-so-jo e-ka-ra*, o sea, que Dioniso poseía en Pilo una ἐσχάρα, un ‘altar de cenizas’. Este argumento daría más valor a la presencia del dios en el mundo micénico y no haría vacilar al autor cuando dice que «la presencia del nombre, pese a estar acompañado por la mención al vino y relacionado con Zeus, no tiene que implicar un culto prehelénico a ese dios» (p. 166). Aventurar, sin embargo, que una estatuilla de *Phylakopi* de un dios relacionado con la fertilidad puede representar a Dioniso es especular demasiado.

Por lo que respecta a la cuestión formal, el libro presenta imágenes de la mayor parte de las representaciones iconográficas que trata, lo que hace que la comprensión de la descripción le sea más fácil al lector. Además, ofrece los textos micénicos con foto, dibujo y transcripción. Debe notarse aquí, sin embargo, que la edición que se debe seguir para los textos de Tebas no es la de Aravantinos-Godart-Sacconi 2001, sino la de Aravantinos-Del Freo-Godart-Sacconi 2005, que, aunque no incluye ni las fotos de las tablillas ni los dibujos, tiene algunos cambios de lectura y numeración respecto de la anterior.

En términos generales, el libro es interesante y la lectura entretenida. Su carácter es fundamentalmente descriptivo y no entra demasiado en valoraciones críticas sobre las teorías que expone. Sin embargo, algunos asuntos se presentan de manera demasiado simple. Es decir, las tabillas de Tebas, desgraciadamente, no pueden estudiarse solo a partir de los datos que ofrecen los primeros editores porque sus interpretaciones están completamente condicionadas por la idea que Tebas es la Eleusis del segundo milenio a. C., por lo que es necesario un mayor conocimiento de la

crítica para dar cuenta de lo que en realidad puede haber detrás de las designaciones de animales que aparecen en ellas. Algo similar ocurre con el tratamiento de los misterios: proponer un paso Egipto – Creta – Grecia es, sin duda, una simplificación de los problemas que atañen al nacimiento de este ámbito de la religión griega. Las influencias de las religiones del Próximo Oriente no pueden pasarse por alto.

Juan Piquero Rodríguez  
Universidad Complutense de Madrid